

PUERTA REAL
JUAN SANTAELLA

Ha muerto Jürgen Habermas

Intelectual comprometido,
defensor de la ética y
la democracia



Frente a la violencia y el odio; a las guerras ilegales, que matan a mujeres, ancianos y niños; a las invasiones de Ucrania, Venezuela, Irán o el genocidio de Gaza; al autoritarismo de Putin, Netanyahu o Trump, que aplican la fuerza en las relaciones internacionales; y frente a una Unión Europea que se pliega a los dictados del dictador Trump; siempre hubo un intelectual dispuesto a dejar patente tantas contradicciones, sufrimiento y ataque a los derechos humanos y al derecho Internacional: el intelectual alemán, Habermas, que descubrió la esencia dialógica del ser humano, la voluntad de entendimiento, el humanismo, y la intersubjetividad, que, como afirmaba Hannah Arendt, nunca debería ser dañada.

Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, en 2003, ha sido el pensador más grande desde la Segunda Guerra Mundial. Seguidor fiel de la Ilustración y del legado inmenso de Kant, ha provocado múltiples debates políticos, ideológicos y culturales, durante los últimos setenta años: crítica a Heidegger, por defender el nacionalsocialismo; superación del fascismo; debate entre fe y razón con Ratzinger; patriotismo constitucional; valor de la memoria histórica; peligro que Trump y la extrema derecha representan para la paz mundial...

En su último artículo del 30-XI-2025, afirmaba: «hoy, más que nunca es necesaria una mayor integración política en la UE. Y nunca ha sido tan improbable, por los egoísmos nacionales». Si Europa ha dejado de ser el faro que ilumina a la humanidad, pues éste se ha hundido en las ruinas del genocidio de Gaza, por no levantar la voz, contra él; Habermas sí ha seguido siendo la luz que ilumina el camino a los demócratas, y a los que colocan el diálogo y no la fuerza como eje de sus vidas.

Habermas es el padre de la democracia basada en la deliberación y el diálogo entre ciudadanos libres e iguales; el defensor de la palabra respetuosa, limpia y constructiva, que no se utiliza para desprestigiar al adversario, sino para construir nueva realidades; el último ilustrado, porque, al igual que Kant, su antecesor, también él cree y apoya el imperativo categórico —«obra según una máxima que pueda ser ley universal»—, y la integridad moral —«en cualquier actuación, la persona ha de ser considerada un fin y nunca un medio»—; y fue siempre la némesis de la posmodernidad, caprichosa e irracional en sus planteamientos políticos, ideológicos y sociales.

A la vista de cómo camina el mundo hacia la barbarie, sus últimos años los vivió con dolor y frustración: «Actualmente, todo a lo que había dedicado mi vida se está perdiendo». El mundo es poco propicio para la esperanza, pero su figura debe servirnos de acicate para encararlo, y defender los grandes valores de la Ilustración: dignidad humana, igualdad, libertad y mundo fraterno. Desgraciadamente, su discurso basado en la verdad, la razón, el diálogo y el respeto al otro, interesa a pocos. Hoy se practica y se cree la posverdad —la mentira bien construida—, y los humanos nos dejamos embaucar de nuevo por promesas irrealizables y por paraísos perdidos, que solo trajeron destrucción y muerte, como vemos cada día en los telediarios.

Dos días antes de la muerte de su amigo Marcuse, en el hospital, le dijo a Habermas: «Ahora ya sé en qué se fundan nuestros juicios de valor: en la compasión, y en nuestro sentimiento de dolor por los otros».